

**Borges lector de Nietzsche.
Acerca de los usos demasiado humanos de la historia**

*Lic. César E. Juárez,
Instituto de Estudios Antropológicos y
Filosofía de la Religión,
Facultad de Filosofía y Letras, UNT*

§ 1. Prehistoria de un modo posible de leer

*No nos preguntaremos tanto qué es leer, sino quién es el que lee
(dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia).*

RICARDO PIGLIA

Ricardo Piglia ha destacado –y no sin razón– que la “marca” (2000: 155) e “influencia” (155) borgeana reside en su extraordinaria condición de lector; es precisamente allí –por tanto– donde abrevan muchas de sus aún insospechadas “tácticas” (155) de desplazamiento, cuyo propósito apenas evidente es fundar –desde un gesto mínimo, pero de enormes consecuencias– algunas de las articulaciones axiales de su poética. En este marco –en efecto– podríamos leer sus respectivos *usos* de la *historia*; por cierto: *demasiado humanos* y bastante lejos de lo que ha indicado Santiago Kovadloff al hablar de Borges como un “lector humanista” (AA. VV., 1999: 69) preocupado sólo por conservar una suerte de sabiduría perenne. Nuestra tesis es que en dichos *usos* de la *historia* pueden advertirse –de manera intersticial, desde luego– al menos tres de las tematizaciones claves contenidas en “Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida” (1874), de Friedrich Nietzsche: 1] La asunción y consecuente objeción de la *historia monumental* (1998: 41-50); 2] La objeción a la *historia*

anticuaria (1998: 50-55); y 3] La asunción y consecuente objeción de la *historia crítica* (1998: 55-57). Hay que decirlo: Borges no tematiza –a su vez– los planteos de Nietzsche de un modo convencional. Su *modus operandi* –inserto en una estela abierta sin lugar a dudas por el mismo Nietzsche, entre otros– consiste en poner directamente en funcionamiento dichas tematizaciones y ver si son o no operativas para su propósito último: establecer –sin más– las articulaciones axiales de una *poética* de la *lectura* y la *escritura*; no otra cosa –a fin de cuentas– es su ensayo casi programático titulado “Kafka y sus precursores”, perteneciente a *Otras inquisiciones* (1952). En suma: lo que al autor argentino le interesa son las aplicaciones probables de sendas tematizaciones nietzscheanas ricas en torsiones y pliegues. En fin: Borges –en tanto lector– es más un *pragmático* que un *humanista*. O –si se quiere una formulación quizás menos aborrecible–: un *humanista pragmático*; como todos, sin duda.

§ 2. ¿Kafka por Kafka?

*el éxito de una investigación –sobre todo si es textual–
no depende de su “resultado”, noción falaz,
sino de la naturaleza reflexiva de su enunciación*

ROLAND BARTHES

En “Nietzsche, autor de ‘Funes el memorioso’”, Roxana Kreimer señala al menos dos cuestiones que habría que tener en cuenta para seguir la argumentación que pretendemos desplegar de aquí en adelante: 1] La posibilidad de que “Funes el memorioso” –perteneciente a *Ficciones* (1944)– se haya gestado a partir de un pasaje¹ puntual de “Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida” (en Rowe, Canaparo y

¹ El pasaje es el siguiente: “Imaginaos un ejemplo extremo: un hombre que no tuviera en absoluto la capacidad de olvidar, que estuviera condenado a ver en todas partes un devenir” (Nietzsche, 1998: 31).

Louis, 2000: 189); y 2] La hipótesis –formulada por la misma Kreimer, desde luego– de que la relación entre ambos textos no ha sido lo suficientemente investigada, ya que la circulación² de este opúsculo de Nietzsche en Argentina ha sido por cierto limitada (189). Observa asimismo Kreimer: “Borges, en cambio, lo había leído: entre sus libros de filosofía se encontró este ensayo subrayado y anotado en los márgenes con su puño y letra” (189).

Ahora bien: ¿Por qué comenzar con “Funes el memorioso”, si lo que en verdad quisiéramos hacer es estudiar las inquietantes operaciones de “Kafka y sus precursores”? Para responder esta pregunta hay que tener en cuenta –en primer lugar, y sobre todo– que la obra borgeana casi nunca suele ser ajena a dos modalidades apátridas de concebir la ficción: 1] La *ficción teórica* (Sarlo, 1995: 77); y 2] La *ficción filosófica* (Monder, 2007: 9-13). Caracterizaremos a continuación –sólo sucintamente, y siguiendo algunos de los argumentos de los autores mencionados– cada una de estas dos modalidades.

La *ficción teórica* –según Sarlo– se caracteriza por “la puesta en escena ficcional” (1995: 73) de una determinada tesis teórica; en el caso de “Funes el memorioso” –sin ir más lejos– la tesis ficcionalizada es precisamente la del *realismo literario*, y remite a “lo que sucede cuando la memoria está esclavizada por la experiencia directa” (73). Razona Sarlo: “el realismo se apoya en la ilusión de que la representación directa (el intercambio de objetos por palabras) es posible y de que las palabras se adaptan bien a los requisitos de esta sustitución” (75). El dispositivo borgeano que articula la narración de “Funes el memorioso” es –para decirlo en

² Esta hipótesis –hay que decirlo– puede ser cuestionada en parte. Si no lo hiciéramos estaríamos omitiendo –por citar sólo un caso– las tareas sistemáticas de investigación en torno al pensamiento de Friedrich Nietzsche, que llevó a cabo el grupo de investigadores coordinado por Silvio Maresca y auspiciado por el CONICET durante la segunda mitad de la década del noventa. En relación con “Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida” –por ejemplo– puede leerse con provecho –del mismo Silvio Maresca, en tanto coordinador, editor y compilador–: *Verdad y cultura. Las Consideraciones intempestivas de Friedrich Nietzsche* (2001).

términos de lógica simbólica— casi una reducción al absurdo; esto es: aceptada la premisa esencial del realismo, advertiremos —a medida que progresa la narración— su misma imposibilidad. O sea: el intercambio de *objetos* por *palabras* deviene ilusorio desde sus propios efectos, indicativos —a todas luces, por lo demás— de la constelación de la que forman parte y sólo en la cual y desde la cual son susceptibles de adquirir alguna significación verosímil. Concluye Sarlo: “Funes ignora las elipsis y no puede cortar el continuo del tiempo recordado para organizarlo en la línea quebrada del relato” (76). De ahí —pues— que Roxana Kreimer haya escrito con perspicacia:

La crítica al tiempo lineal es un tópico recurrente en Borges, quien previno que las fechas esenciales pueden ser, durante largo tiempo, secretas, y elogió a los hindúes por ignorar su propia edad, carecer de sentido histórico y preferir el examen de ideas al de los hombres y las fechas de los filósofos (en Rowe, Canaparo y Louis, 2000: 195).

La *ficción filosófica* —desde luego— es también una *ficción teórica*; es —si se quiere— una suerte de especie de *ficción teórica* con sus respectivas diferencias específicas. Samuel Monder —por ejemplo— discierne tales diferencias específicas en los siguientes términos: “es un género literario de larga tradición [...] flota libremente entre el ensayo y la narrativa, mezclando módicas cuotas de fantasía con ideas abstractas, reflexiones existenciales y terrores metafísicos” (2007: 9).

Explicitadas las nociones de *ficción teórica* y *ficción filosófica*, no puede por tanto sorprendernos que Roxana Kreimer haya titulado su artículo “Nietzsche, autor de ‘Funes el memorioso’”; pero: ¿Nietzsche es sólo autor de “Funes el memorioso”? ¿Acaso no podríamos conjeturar que ha intervenido también en la composición de “Kafka y sus precursores”? En lo que sigue —entonces— trataremos de mostrar por qué

esta conjetura no es tan improbable. Nuestro protocolo de lectura toma en préstamo una premisa que Mariana Sanjurjo formula del modo siguiente:

Lo que nos proponemos es [...] encontrar las huellas posibles de Nietzsche allí donde no necesariamente se lo nombra, en los lugares de su ausencia, en los rincones en los que, quizás, acecha como fantasma [...]. La omisión recurrente de una palabra, advierte Borges, bien puede ser el modo más enfático de indicarla (2003: 192).

Por supuesto: la estrategia es *oblicua*, como *oblicuo* es el “Ts’ui Pên” –en palabras de Albert (2009: 873)– de “El jardín de senderos que se bifurcan”. Dice Albert: “Omitir *siempre* una palabra, recurrir a metáforas ineptas y a perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla” (873). Friedrich Nietzsche en “Kafka y sus precursores”, he ahí la cuestión. En otras palabras: de lo que se trata es de leer una *omisión* y sus *efectos* sensibles en el complejo espacio de una *poética* de la *lectura* y la *escritura*, cuya feliz invención le pertenece a Jorge Luis Borges.

Como ya se ha indicado, “Kafka y sus precursores” es un ensayo que está incluido en *Otras inquisiciones* (1952); y es –evidentemente– uno de los más breves que podemos encontrar en dicha colección. En efecto: cuenta con apenas cinco párrafos. En el primero de ellos, leemos:

Yo premedité alguna vez un examen de los precursores de Kafka. A éste, al principio, lo pensé tan singular como el Fénix de las alabanzas retóricas; a poco de frecuentarlo, creí reconocer su voz, o sus hábitos, en textos de diversas literaturas y de diversas épocas. Registraré unos pocos aquí, en orden cronológico (2010: 80).

En decir: disuelta la singularidad del presunto Fénix de Praga, se impone entonces reconocer su voz –o sus hábitos– en la literatura universal. Señala Graciela

Speranza a propósito: “Macedonio y Borges hacen de la originalidad un ejercicio tautológico, que borra las distinciones entre lo ajeno y lo propio” (2006: 98). El recorrido borgeano en “Kafka y sus precursores” comienza con la paradoja de Zenón sobre el movimiento registrada por Aristóteles, para mostrar cómo este “ilustre problema” (80) es –precisamente– el de *El castillo*. El “azar de los libros” (80) le muestra a Borges otra afinidad presente no ya en “la forma sino en el tono” (80) de un apólogo de Han Yu (768-834) –escritor chino de ensayos nacido en Hunan–, seleccionado por Georges Margouliès en su *Anthologie raisonnée de la littérature chinoise* (1948).

Otra fuente “más previsible” (80) señalada por Borges es Søren Kierkegaard; entre Kafka y Kierkegaard –observa Borges– no hay sólo “afinidad mental” (80). Lo que se suele olvidar –anota– es que ambos autores han abundado en “parábolas religiosas de tema contemporáneo y burgués” (80). La cuarta “prefiguración” es reconocida por Borges en el poema “Fears and Scruples” –de Robert Browning– publicado en 1874.

Las “notas” (81) de Borges remiten –finalmente– a sendos cuentos: uno de Léon Bloy –en el cual se narra cómo nunca se sale de una ciudad–; y otro de Lord Dunsany –titulado “Carcassonne”– que narra cómo nunca se llega a una ciudad.

A pesar de que el reducido registro de Borges se estructura según un “orden cronológico” (80) –criterio bastante convencional, por cierto– adviene en él –casi sin aviso– lo heteróclito. En otras palabras: es el *orden* mismo el que establece el *desorden*. Zenón –vía Aristóteles–; Han Yu –vía Margouliès–; Kierkegaard; Browning; Bloy y lord Dunsany configuran –en todo caso– una constelación contingente cuyo fundamento es la memoria de Borges en tanto lector. “Kafka y sus precursores” se cierra con el siguiente párrafo:

Si no me equivoco, las heterogéneas piezas que he enumerado se parecen a Kafka; si no me equivoco, no todas se parecen entre sí. Este último hecho es el más significativo. En cada uno de esos textos está la idiosincrasia de Kafka, en grado mayor o menor, pero si Kafka no hubiera escrito, no la percibiríamos; vale decir, no existiría. El poema “Fears and Scruples” de Robert Browning profetiza la obra de Kafka y desvía sensiblemente nuestra lectura del poema. Browning no lo leía como ahora nosotros lo leemos. En el vocabulario crítico, la palabra *precursor* [sic] es indispensable, pero habría que tratar de purificarla de toda connotación de polémica o de rivalidad. El hecho es que cada escritor *crea* [sic] a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro. En esta correlación nada importa la identidad o la pluralidad de los hombres. El primer Kafka de *Betrachtung* es menos precursor del Kafka de los mitos sombríos y de las instituciones atroces que Browning o lord Dunsany (81).

La tesis de Borges es contundente: “El hecho es que cada escritor *crea* [sic] a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”. La lectura filosófica de esta tesis –sin lugar a duda posible (García Norro y Rodríguez, 2007: 13)– supone –desde nuestro punto de vista, al menos– la reconstrucción racional (Santa Cruz, en Nudler y Naishtat, 2003: 139-148) de la *filosofía de la historia* en ella contenida. Y es aquí –puntualmente– donde el fantasma de Friedrich Nietzsche viene a decir lo suyo. Es la tematización nietzscheana de “Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida” (1844) –en efecto– la que concede la pertinente inteligibilidad al planteo borgeano. En “La supersticiosa ética del lector” –de *Discusión* (1932)– Borges había escrito no por azar: “Ahora quiero acordarme del porvenir y no del pasado” (2010: 383). Lo hemos explicitado ya con antelación: de lo

que se trata es de leer una *omisión* y sus *efectos* sensibles en el complejo espacio de una *poética* de la *lectura* y la *escritura*. Intentando pensar la cuestión de la *verdad* en las *Consideraciones intempestivas II*, advierte Alfredo Tzveibel:

Nietzsche encara aquí la difícil cuestión de la significación de la historia. No del sentido. Lo que podríamos considerar su tesis [...] es que no hay *un sentido* predeterminado. Hay, sí, una significación *posible*, o más de una, pero la misma debe ser producida a partir de un proyecto, de una voluntad de futuro (en Maresca, 2001: 140).

Nietzsche lo dice a su manera en el § 6, cuando expone los peligros de la sobresaturación de la historia para la vida relacionados con lo que él mismo llama un poco antes –en el § 5, para ser precisos– la “vejez de la humanidad” (1998: 68); escribe entonces líneas abajo –ya en el § 6, como hemos dicho–: “**Sólo a partir de la suprema fuerza del presente os está permitido interpretar lo pasado [sic]**” (87). La consigna de Nietzsche es lo suficientemente nítida como para pasar desapercibida: “¡Sólo en la más enérgica adecuación a vuestras más nobles características, descubriréis lo que en el pasado es grande y digno de ser sabido y conservado! ¡Lo igual a través de lo igual!” (87). Ahora bien: ¿Cómo es esto posible? Nietzsche distingue –a través de una inusual teorización– tres modos de hacer historia: 1] La *historia monumental* o *tipo monumental*; 2] La *historia anticuaría* o *tipo anticuario*; y 3] La *historia crítica* o *tipo crítico*. Observa:

En tres aspectos pertenece la historia a lo viviente: le pertenece como al ser activo y que se esfuerza, le pertenece como al que conserva y venera, le pertenece como al que sufre y necesita liberación. A esta tríada de relaciones le corresponde una tríada

de clases de historia, en la medida en que es posible distinguir un tipo **monumental** [*sic*], un tipo **anticuario** [*sic*] y un tipo **crítico** [*sic*] de historia (41).

Las articulaciones axiales –desde luego– son las que se tejen –precisamente– entre la *historia* y *lo viviente*; definiendo *lo viviente* –claro está– como “ese poder oscuro, impulsivo, que se desea insaciablemente a sí mismo” (56). La *historia monumental* o *tipo monumental* –cuya exposición ocupa casi todo el § 2– hace pie en el siguiente artículo de fe: “los grandes momentos en la lucha de los individuos constituyen una cadena, que en ellos se une a lo largo de milenios una cordillera de la humanidad” (43). Es decir: “Si el hombre que quiere crear algo grande necesita del pasado, se apodera de él por medio de la historia monumental” (49). El inconveniente más notorio que acecha a este modo de entender la historia es que –llevado al extremo– puede terminar obstaculizando el presente en sí mismo. La excepción a la regla –empero– la constituyen los “espíritus artísticos fuertes” (48); esto es: aquellos que “pueden aprender de esa historia verdaderamente, es decir, para la vida, y transformar lo aprendido en una praxis más elevada” (48).

La *historia anticuaría* o *tipo anticuario* –expuesta, por su parte, en el § 3– se define en los gestos de: “quien [...] prefiere permanecer en lo acostumbrado y venerado desde siempre” (49). El alma del historiador anticuario se desnuda en una afición morbosa que Nietzsche ilustra del siguiente modo: “La posesión de los enseres domésticos de los antepasados cambia de concepto en semejante alma: pues más bien es poseída por ellos” (50). Desde este punto de vista –en consecuencia– no hay intersticio alguno para el advenimiento de lo nuevo.

La *historia crítica* o *tipo crítico* –expuesta, por último, también en el § 3– señala hacia quien: “siente el pecho oprimido por una necesidad actual y que a cualquier precio quiere quitarse la carga de encima” (50); es el caso de aquel que: “tiene la necesidad de

una historia crítica, es decir, que juzgue y que pronuncie sentencias” (50). El historiador crítico es capaz de “disolver un pasado a fin de poder vivir” (55), y el pasado se disuelve –en efecto–: “sometiéndolo a juicio, indagándolo y, finalmente, pronunciando sentencia” (56). El inconveniente reside aquí –evidentemente– en atentar contra el presente, a fuerza de negar su filiación con el pasado.

En suma: Nietzsche –como advierte Adriana Fernández de Mires– “indica que la historia no puede ser razón, más bien tiene una razón de ser: la vida” (en Maresca, 2001: 149).

Si tuviéramos que señalar en “Kafka y sus precursores” cuál es el intersticio a través del cual los *efectos sensibles* de Friedrich Nietzsche se manifiestan, volveríamos –acaso sin dudarlo– a esa *filosofía de la historia* portátil que encierra la enunciación de Jorge Luis Borges: “El hecho es que cada escritor *crea* [*sic*] a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (2010: 81). ¿No nos ha enseñado el mismo Borges a leer “lo mayor *desde* lo menor” (Pauls y Helft, 2000: 78)? Como ha observado Alan Pauls: “leer es en Borges uno de los motores privilegiados de esa inestabilidad que nunca deja de sobresaltar a su literatura: la relación entre lo mismo y lo otro, entre la repetición y la diferencia” (74).

§ 3. Recordar es también olvidar: aproximación inactual al presente

*No hay disparidad sensible entre el relámpago que te deslumbra
y la vida que amas, continuamente.*

RAÚL GUSTAVO AGUIRRE

“El humanista –escribe George Steiner– es un recordador. Camina, lo mismo que un grupo de condenados en el *Infierno* de Dante, con el rostro vuelto hacia atrás. Anda tambaleándose, indiferente al mañana” (2009: 58). Contra esta tesis –

precisamente— argumentan Friedrich Nietzsche y Jorge Luis Borges. En suma: el *futuro* importa, y no poco. Se lee el *pasado* en función de un *presente* que urge tanto o quizás más que el *futuro*. De ahí —pues— que pueda cuestionarse la imagen de Borges como un “lector humanista” (AA. VV., 1999: 69) que ha propuesto Santiago Kovadloff; sobre todo —en efecto— porque pareciera que dicho “lector humanista” no puede objetarse a sí mismo la “convicción de que la cultura clásica constituye una propuesta que el transcurso del tiempo sólo viene a legitimar como algo vivo, vigente” (69). Según este razonamiento —y recordando la tematización de “Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida”— quedaríamos siempre prisioneros en las redes sutiles —y por eso mismo quizás invisibles— de la *historia monumental* y de la *historia anticuarial*. La *historia crítica* —por supuesto— reclama de nosotros algo más que consentimiento y resignación; sin imaginación —parecen decirnos Nietzsche y Borges— el presente se disolvería, perdería consistencia y vitalidad. Borges lo dice a su modo en “La supersticiosa ética del lector”: “la literatura es un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido, y encarnizarse con la propia virtud y enamorarse de la propia disolución y cortejar su fin” (2009: 383). He ahí —pues— al *humanista pragmático*; al lector que expone su “historia” (Piglia, 2005: 24) al dar cuenta de “para qué, y en qué condiciones” (24) es capaz de leer. En suma: la imaginación muerde ahí, precisamente en el espesor de un futuro incierto, pero sin embargo tangible para el deseo.

Bibliografía

AA. VV., *El universo de Borges a ocho voces*, Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1999.

AA. VV., *Poesía argentina. Selección del Instituto Torcuato di Tella*, Universidad Nacional de Quilmas, Buenos Aires, 2010.

Barthes, Roland, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* [Trad. de C. Fernández Medrano], Paidós, Barcelona, 1999.

- Borges, Jorges Luis, *Obras completas I (1923-1949)* [Edición crítica anotada por Rolando Costa Picazo e Irma Zangara], Emecé, Buenos Aires, 2009.
- , *Obras completas II (1952-1972)* [Edición crítica anotada por Rolando Costa Picazo e Irma Zangara], Emecé, Buenos Aires, 2010.
- Bulacio, Cristina y Grima, Donato, *Dos miradas sobre Borges*, Gaglianone, Buenos Aires, 1998.
- García Norro, Juan y Rodríguez, Ramón [eds.], *Cómo se comenta un texto filosófico*, Síntesis, Madrid, 2007.
- Maresca, Silvio, *Verdad y cultura. Las Consideraciones intempestivas de Friedrich Nietzsche*, Alianza, Buenos Aires, 2001.
- Monder, Samuel, *Ficciones filosóficas. Narrativa y discurso teórico en la obra de Jorge Luis Borges y Macedonio Fernández*, Corregidor, Buenos Aires, 2007.
- Nietzsche, Friedrich, *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida* [Trad. de Oscar Caeiro], Alción, Córdoba, 1998.
- Nudler, Oscar y Naishtat, Francisco [eds.], *El filosofar hoy*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Pauls, Alan y Helft, Nicolás, *El factor Borges. Nueve ensayos ilustrados*, FCE, Buenos Aires, 2000.
- Piglia, Ricardo, *Formas breves*, Buenos Aires, Temas, 1999.
- , *Crítica y ficción*, Buenos Aires, Seix Barral, 2000.
- , *El último lector*, Buenos Aires, Anagrama, 2005.
- Rowe, William, Canaparo, Claudio y Louis, Annick, *Jorge Luis Borges. Intervenciones sobre pensamiento y literatura*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Safranski, Rüdiger, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento* [Trad. de Raúl Gabás], Tusquets, Barcelona, 2001.
- Sanjurjo, Mariana, “Dos nombres”, *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas* [Buenos Aires], Año 2, Nº 2 [septiembre de 2002], pp. 191-197.
- Sarlo, Beatriz, *Borges, un escritor en las orillas*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
- Speranza, Graciela, *Fuera de campo. Literatura y arte argentinos después de Duchamp*, Anagrama, Buenos Aires, 2006.
- Steiner, George, *George Steiner en The New Yorker* [Trad. de María Córdor] [Edición e introducción de Robert Boyers], FCE y Siruela, México, 2009.